CORAZONADAS DE CENTINELA

Manuel Tejedor Rábano

Primera edición, enero de 2024
© Manuel Tejedor Rábano, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-19970-65-7
IBIC: DCF
DEPÓSITO LEGAL M-1591-2024

CORAZONADAS DE CENTINELA

Manuel Tejedor Rábano

Avant
editorial

Parte I:
Al rojo vivo

Al rojo vivo

Las alas ausentes en pavesas crepitan,
una rosa de fuego con aroma a humo,
corazones de cristal de troncos palpitan,
una llamita de hogar trae el crepúsculo.

Mi memoria, a contraluz, contempla tu figura,
las últimas luces te vuelven pelirroja.
Desvelan bajo tu piel blanca carne rosada,
no habrá huellas donde se posen mis manos.

Abres la ventana, se lleva tules y satenes.
En otoño, florece un copo de nieve
y yo no recuerdo que el cielo esté huyendo,
sino tu torso, cimbreándose sobre un fondo oscuro.

Y las ramitas del día arden de gris ceniza,
si la aridez de la llama rasgara la tierra
y a los dos nos doliera el aire que respiramos,
tierno lugar del latido de cristal y tu tiempo.

Adoro la noche y devoro su corazón de mujer,
su bien o mal son caminos hacia la nada.
Las sombras tardan en seguir sus figuras.
Oscureció una odiada lágrima, iniciando el crepúsculo.

Aparto, pétalo a pétalo, las brasas: delicias nostálgicas.
El paisaje es el crepúsculo que devora del lívido azul las entrañas.
Se iluminan, una a una, las ventanas desconocidas en lontananza.
Hachones de lenguas ardientes ensayan cada día con los moradores
otro sueño de la muerte.

Los huecos

El alma es un hueco,
darse cuenta de que existe la inmortalidad
para llenarlo
con tantas visiones de la vida
como muertes de sus vísceras.
El placer construye otro sexo,
las lunas de locura nos llevan al plenilunio de la demencia.
El amor que no nos reconoce
nos quiere en otros.
Cuando no hay naturaleza,
mi cuerpo empieza a vibrar
en la naturaleza que falta.
La lucidez de los locos vuelve una y otra vez,
cadáveres que no saben morir
me han «dividido» en todo tantas veces
y luego me han ordenado multiplicarme desde los trozos.
En el origen, yo era el verbo,
ahora soy la letra inefable.
Fui hurtado del ser para poder estar,
solo somos cuerdas por misericordia.
El árbol que arrebata el color del pétalo
ofrece la palidez de la astilla.

Buscando en las cuerdas de la nada,
el sonoro misterio de algo,
alguien, sangrando, entona en la máquina algo de música.
Tararea gotas de vida en el aire fresco
donde las mariposas enrojecen sus alas para la angustia del crepúsculo
y los vampiros, alegres como papagayos, atraviesan de mi alma
su tierra más desolada.

Atravesé tu piel canela

Te he abrasado la piel pálida con que te levantas.
Una taza de café humeante, arrojada, no ha servido de desayuno.
Ni un solo gemido has soltado de flor de cafetal escaldada.
La lluvia, tras el cristal, no ha conseguido segar momento tan inoportuno.

Los pájaros buscaban la copa del árbol más impenetrable.
Los vagabundos daban vueltas al banco de madera en el parque
y una magia de ascensor les trasladaba de la azotea al sótano del desagüe,
luego las noticias más duras del diario les cubría como paraguas e
[impermeables.

A mí, la fina lluvia de café en el hogar me calaba ya los huesos,
esa lluvia ácida que es capaz de corroer los barrotes de la jaula.
Afuera, el viento fresco soplaba, reverdeciendo el follaje histérico.

Cuando salí a la calle sin corbata, sombrero ni gabardina, era ya un
[vagabundo.
Mi empleo acabaría por comer entre las noticias las croantes ranas.
En la rama más desoladoramente bella del árbol más a la umbría,
un pájaro de fuego picoteaba el verdín de líquenes y musgos.

Los fantasmas del escenario

Los fantasmas del pasado cabalgan,
cenicientos, a lomos de corceles blancos.
Damas del amor les besan, arreboladas.
Con gesto histriónico, hacen entrada en el escenario.

Lanzan besos de aire a la vida, puro verso,
recitan un poema a punto de ser estranguladas.
Hostiles. Sobre la hoja de espada, la luz del guerrero.
Son los actores que cortaron cabezas con guadaña.

Reflejan en el filo de su mirada la última luz del ocaso.
Los descabezados se juegan, al azar, una nueva testa.
El barquero abre en sus entrañas un naciente paso
al viaje de las pútridas almas, que el infierno espera.

El pordiosero monta sobre los hombros del santo,
pierde la pituitaria como el guerrero la espada.
Poseyeron todos los reinos que pregonaban los heraldos,
pero, ofrecidos al rey, los traicionó la carcajada.

Solo el profeta ve que se desmoronan los imperios en el horizonte
mientras los pueblos aguardan su muerte para colocarse sus hábitos.
Solo la cortesana estrella su marejada de desencuentros en la corte,
las lágrimas detenidas en su collar, desgranadas, fluyen con espanto.

Los bardos entonan la canción dulce del auriga.
Arrecifes de perlas arrastran por carga el suelo del mundo,
aquella tierra que fue verde pasto bajo las faldas reducidas
cuando el esplendor de la carne blanca de las damas nos detuvo.

El mago da sus últimas bocanadas de pez sin agua,
juegos malabares de palabras de aire de boca en boca.
Ya los artesanos góticos que erigieron catedrales, con sarna
en las agujas que tocaron cielo, restriegan sus espaldas que se entroncan.

Lepra a lepra, la carne del poder yergue esqueletos,
el mundo es la fiesta de los verdugos, estrenando la farsa.
Siegan la yerba que crece bajo los pies de los cuentacuentos,
letra a letra, la escritura callada, famélica, nos descarna.

Cuando de noche abres la ventana a la luz errática,
no es luna la que riela el beso de tu frente.
El frío se acerca a besarte sin escarcha estrellada,
los labios son viento desabrido, que no encuentra poniente.

La luz oscura de las almas arrebatadas
en bajeles navegan allende sus cenizas.
Ruegan una tierra de pira funeraria,
el anclaje del eterno divagar de olas de tiempo que esclavizan.

Las alas ya no profundizan el espacio,
perversos ámbitos donde el vuelo no sirve,
si el aire es fluido o viscoso que engruesa piratas en corsarios,
reinos macabros donde se diluye el tiempo de los cuerpos libres.

Me equivoqué

Mi alma es la belleza azur de la noche azabache,
deseo que la luz se acerque a tientas y silente a despertarla,
mas esa claridad, que apenas saco de adentro para el alba,
llegará para adorar el altar estéril de los dioses crepusculares.

Llego de profundizar el azul y mana fuego del infierno.
Los cuerpos más bellos al arder confunden la piel de pálida calma.
Si mis dedos peinan tus cabellos, acariciadores, enrojecen en llamas.
El abismo no para de moverse hasta crearme el vértigo.

Calciné los vergeles cuando avasallaba el hambre del desierto,
a vagabundos de callejones sin salida arrastré por amplias avenidas.
Coloqué un rubí incandescente, inyectado en sangre, bajo el párpado
[de un tuerto.

Trago polvo de la ciudad con espejos unidimensionales de hierba nimia.
Estudio la felicidad, si cree encontrar defectos a la muerte.
Ignoro la cruz de fiebre, ha tiempo flotando, acercándose a mi frente.

Ayúdame

Ayúdame a rasgar la espesura de silencio,
atravesar de parte a parte a la noche cálida
en la deriva: ¡En todo lugar su mirada!
Que no embelese mis despojos un terco reconocimiento.

Ayúdame a alcanzar la victoria que te recobre.
Esta ciudad crece sobre mí: ¡Su desperdicio!
Cuando te dirija mi canto de coro, son voces,
fuiste tan feliz, aguarda (callejea en mí un espejismo).

Ayúdame en la niebla de humo contra el cristal,
centelleantes, tus ojos en un rincón oscuro del bar
donde los grandes bebedores en sombras se convierten.

Sobre mi mandíbula golpean campanadas de gente.
Gotea sobre las sienes, sin cerrar el grifo, una llovizna.
Eco de tus tacones alejándose, sin retorno, con prisa.

El delirio

Los desangradores ruidos de inútiles palabras acallar,
en silencio escucho manar por las venas rotas de poesía,
empapándome de gritos y sollozos su fluido vital.
Las palabras mágicas me dejan ir en su deriva.

Escribe, por mi mano, la ficción verosímil ya.
Estoy de corazón en el imperio de la pasión y el deseo.
Tras la máscara real la realidad está,
por fin me alcanza el gobierno de la belleza y el ensueño.

Allí, mi cuerpo hacia regiones ignotas se adentra.
Encuentra otra mitad diferente de la mía, que le dice:
«Soy tu alma, la reina que en tu cuerpo escribe,
que sin tu cuerpo en este reino reina».

Y del delirio de manera diferente regreso hablando.
Soy el loco al que no sepultaron de pútridas ideas.
En mis ojos aterradores, reflejo todo vuestro espanto.

Los rostros

El rostro ardiente de esencias de estrellas,
cera de frialdad, viviendo de vacío silencio.
Rostro de agua, desperezándose en costas y riberas,
cegadoras raíces de vida, cara en tierra.

Rostro de la multitud sin rostros.
Único rostro entre la multitud: tu rostro.
Mirada libre de animal bello sobre las aceras,
en la calle de los sin rostro: tu rostro.

A mi vera, rostros de monstruos pasean por alamedas.
En ascensor desean subir al cielo sin escaleras.
He adivinado tu rostro sin pinturas de guerra, por desearlo.
La cara de los sin rostro, que ni esperan tenerlo, he amado.

La voluntad

Y lo que no existe es mi mejor ofrenda,
sin su máscara de carne, la calavera.
Ni me acoge ni me atemoriza su ley de tristeza,
da lo mismo el miedo que palidece los pómulos
o el enrojecer de su sonrisa.

El hombre dispara en todas las direcciones,
mata, en el salón, lo mismo al camarero que al pianista,
quiebra los cristales que lo reflejan en su poses asesinas,
fanático cuerdo, que nunca se puso a sí mismo a la vista.

Luego se busca, divagando sin límites por los horizontes.
Recuerdo lo inverosímil tantas veces,
alguna vez, en algún sitio, sucedió lo eterno.
Somos nómadas, indagando el paraíso que crece
y que engendra los horizontes de nuestro infierno.

Sé que algunas veces la locura me tiene y me hace,
la magia del horror mi voluntad va oscilando.
Sé de la venganza cruel del mundo al margen,
del que vive la vida su espíritu estirando.

Yo creo en el poder de la voluntad sobre la muerte.
Sufro el vértigo del ángel, inclinado hacia el abismo.
Para transmutar luz de sangre en poder de poesía escribo.
La antorcha avanza hacia las tinieblas
como acto amoroso de la suerte.
La voluntad del ciego poeta que la porta es lo que se consume.
La voluntad del ciego poeta que la porta es lo que no deja apagarla.
La voluntad del ciego poeta es lo que se derrama.

La lectora

Escribo para que llegues a conocerme.
He visto parejas que pasan la vida juntas,
llegaron a la muerte asidos de la mano.
¡Sin conocerse! Allí se separaron.

¡Horror! El hombre que escribe no soy yo.
¡Pánico! La que me escucha es mi desconocida.
Si vamos a acercarnos a la muerte cogiditos de la mano,
permíteme que te vaya leyendo.

Lo mal que está preparado el mundo para el amor,
pues en tu cielo todo el santo día escucharás
cantar a los angelitos de ópera mis peores poemas.
Yo solo necesito recordar las hojas,

cayéndote arremolinadas en bucles sobre tus ojos
y tus párpados dormían cerrados por una sonrisa de placer,
que decía: «El tiempo del amor se aleja, pero yo lo he vivido
y, sobre todo, lo he vivido en ti».

Tú solo necesitas recordar: Que yo solo escribí por ti,
que a tu lado nunca pude vivir,
que construyo criaturas de palabras
que, cuando deseo amarlas, se desmoronan.